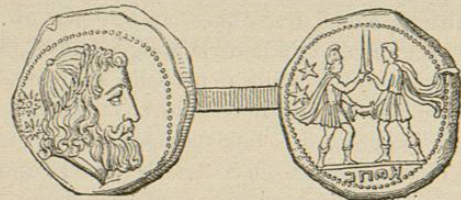


parte de los habitantes degollados, sin hacer, sin embargo, prevalecer el osco y los usos sabelianos sobre la lengua y las costumbres griegas (1). Aquellos pastores que criaban en sus montañas (2) excelentes razas de caballos, vinieron á ser en medio de las llanuras de Campania los mejores jinetes de la península, y la fama que les valió esta conquista, les preparó todavía otras.

Al N., al E. y al S. estaban rodeados de países difíciles y de poblaciones belicosas que les cortaban el paso á nuevas empresas; pero la mar quedaba abierta, y sabían ellos muy bien que más allá de los golfos de Pesto y de Terina, en Sicilia, había botín que ganar y aventuras que correr. Con el antiguo y expresivo nombre de *Mamertinos*, los jinetes campanienses se pusieron á sueldo de quien quería pagarles, y la rivalidad de las ciudades griegas, la ambición de los tiranos de Siracusa, las invasiones cartaginesas y la guerra sin tregua que desolaba toda la isla, les proporcionaron siempre un jefe á quien vender su bravura. Y este oficio de mercenarios vino á serles tan lucrativo, que los más bravos de la juventud campaniense pasaron á la isla, donde los Mamertinos fueron muy luego bastante numerosos para imponer la ley y tomar su parte.

Pero mientras venían á ser más allá del estrecho una



Medalla de Capua (3)

potencia contra la cual lucharon en vano Cartago, Siracusa y Pirro, sus ciudades de orillas del Volturno flaqueaban á causa de las mismas emigraciones con que crecía la colonia militar de Sicilia. Desde mediados del siglo IV, en Cumas, Nola y Nuceria, volvían á ser los señores los antiguos habitantes, y si Capua conservó la supremacía sobre las ciudades vecinas, fué perdiendo todo carácter sabelico. Reapareció la molición de las antiguas costumbres, pero mezclada con mayor crueldad. En los funerales, combates de gladiadores para honrar á sus muertos; en medio de los más opíparos banquetes, juegos sangrientos para divertir á los comensales, y siempre, en la vida pública, el asesinato



Medalla de Lucania (4)

y la traición. Hemos visto á los samnitas apoderarse de la ciudad degollando á sus huéspedes; los primeros soldados romanos que allí se alojaron querrán, á ejemplo de ellos, asesinar á sus habitantes. Durante la segunda guerra púnica,

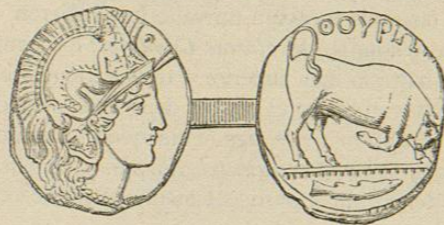
(1) Véase á Tito Livio XL, 42, donde los de Cumas pretenden sustituir el griego con el latín en los documentos públicos.

(2) Sobre todo en las de los Hirpinos, donde todavía hay buenas razas.

(3) Cabeza laureada de Júpiter. Dos soldados juntan sus espadas prestando juramento sobre un puero.

selló Capua su alianza con los cartagineses con la sangre de todos los romanos establecidos dentro de sus muros, y Perola quiso dar de puñaladas á Aníbal en la mesa de su padre. Cuando, en fin, volvieron las legiones, todo el Senado de Capua fué quien celebró sus propios funerales en un alegre festín, bebiendo el veneno en la última copa. No hay historia más sangrienta en el mundo ni en ninguna parte hubo vida más muelle.

Los lucanios tuvieron un destino menos triste y también menos brillante. Siguiendo la cadena de los Apeninos, había entrado este pueblo en la Enotria, cuyas costas estaban



Medalla de Turios (5)

ocupadas por ciudades griegas y donde Síbaris dominaba desde el golfo de Pesto hasta el de Tarento. Después de haber crecido lentamente en las montañas, cargó de improviso sobre las cultivadas tierras de las ciudades griegas, y hacia mediados del siglo V se apoderó de Pandosia y otras ciudades vecinas.

Dueños de las costas del O., se volvieron hacia las del golfo de Tarento y pusieron entre dos peligros las ciudades griegas, ya amenazadas al S. por el tirano de Siracusa. Hacia 430 luchaban ya contra Turios, y tales fueron sus progresos en el espacio de treinta y seis años, á pesar de su escaso número, que no excedía de 34,000 combatientes (6), que se tuvo que formar contra ellos y Dionisio de Siracusa una gran liga defensiva, la primera que los griegos de aquella costa hubieran ajustado. Con pena de la vida se conminaba al jefe de la ciudad cuya gente de guerra no acudiera en armas al primer aviso de la aproximación de los bárbaros.

Con todo eso, no fueron eficaces estas medidas: tres años después, queriendo recobrar la ciudad de Laus la juventud de Turium, toda ella fué destruída en una batalla que dió á los lucanios casi toda la Calabria (7). Espantado á su vez Dionisio el Joven, á pesar del tratado ajustado con ellos en 360, hubo de tirar, desde el golfo de Scilacio hasta el de Hiponio, una línea de defensa destinada á cubrir contra ellos sus posesiones de Italia.

Esta época fué la de la mayor extensión de los lucanios y desde entonces no hicieron ya más que retroceder, debilitados como estaban por el desacuerdo de sus diversos cantones, que tenían cada uno sus leyes particulares y su jefe (*medix ó prafucus*).

Hacia 356 aparecen los brucienses, cuya sublevación hubo de favorecer Dionisio de Siracusa, y poco á poco la frontera de la Lucania volvió á subir hasta el Laus y el Cratis. Contenidos al S. por los brucienses, tan bravos como ellos mismos, procuraron indemnizarse á costa de los griegos de las orillas del golfo de Tarento; pero fué para llamar

(4) Cabeza con casco de Marte. Belona en marcha.

(5) Cabeza de Minerva y el toro tan frecuente en las monedas de la Italia meridional.

(6) Eran 30,000 peones y 4,000 jinetes en el sitio de Turios (Diod. XIV, 101-102).

(7) De Pandosia á Turios y aun hasta Reggio. Scylax, que escribía hacia 370, no conocía más que á Lucanos á todo lo largo de la costa.

sobre ellos la atención y las armas de Arquidamos, de Alejandro el Moloso y del espartaco Cleónimo. Después de esto, sus ataques y agresiones contra Turín trajeron la guerra con Roma, que les costó al fin la independencia.

De todos los pueblos sabelienses, los lucanios permanecieron, al parecer, los más groseros y los más ávidos de guerra y de exterminio. La civilización que los rodeaba no fué bastante fuerte para penetrar en aquellas ásperas montañas, en aquellos profundos bosques, á donde enviaban á sus hijos á la caza del oso, del jabalí y demás animales fieros, á fin de avezarlos al peligro desde edad temprana (1).

Poco numerosos y con frecuencia divididos, tuvieron sin embargo al pueblo vencido duramente esclavizado y extinguieron en él hasta aquella cultura griega, tan viva á pesar de todo.

«Habiendo venido á hacerse bárbaros, dice Ateneo (2) de los habitantes de Posidonia, habiendo perdido hasta su lengua, hubieron de conservar á lo menos una fiesta griega, durante la cual se reunían para despertar antiguos recuerdos y evocar nombres caros y la patria perdida. Después se separaban llorando.»

¡Triste y conmovedora usanza, que atestigua la más dura esclavitud!

Al extremo de la Calabria oriental (tierra de Otranto) se han encontrado inscripciones, que no pueden referirse á un dialecto conocido. Los yapigios, uno de los más antiguos pueblos de la península, las habían dejado allí. Este pueblo parece haber dominado hasta en la Apulia; pero sufrió desde muy temprano la influencia helénica y fué á perder su nacionalidad en medio de los colonos griegos.

V

GRIEGOS Y GALOS

Acabamos de hablar de las razas verdaderamente italianas, de aquellas á lo menos que, exceptuados los etruscos, se servían de una lengua hermana de la lengua helénica, y dieron á Roma su población, sus costumbres y sus leyes. Réstanos estudiar dos pueblos, los griegos y los galos, que más tarde se establecieron también en la península: éstos, que la turbaron largo tiempo con sus incursiones y pillajes; aquéllos, que la abrieron á la civilización helénica. Hace muy pocos años se hablaba todavía el griego en los alrededores de Locres (3); en las Calabrias se usa una especie de danza sagrada que se asemeja mucho á la que se ve representada en algunos vasos antiguos, y en Cardeto han conservado tan bien las mujeres el tipo de la belleza helénica, que se dice de ellas: *Son Minervas*. Del mismo modo se ha querido encontrar, de Turín á Bolonia, en las facciones, en el acento, comparativamente rudo y gutural de los piamenteses, lombardos y romaños, el persistente vestigio de la dominación céltica (4).

La historia de las colonias griegas en Italia se divide en dos partes: la una, que comienza en el siglo VIII antes de nuestra era, no puede ser objeto de ninguna duda; la otra que se remonta al siglo XIV, tiene contra sí todas las probabilidades históricas. Es posible sin duda que en los tiempos que

(1) Justino, XXIII, 1.

(2) XIV, 31.

(3) Niebuhr, I 89. Si ritrovano per manevolo ancora presso i montanari delle due Calabrie non pochi usi popolari, che han contrasegni evidenti di fogge creanze e mode greche. Mic. I, 367.

(4) El doctor Edwards en su carta á Am. Thierry.

siguieron á la guerra de Troya, después de aquella gran conmoción de la Grecia, algunas turbas de helenos, arrojadas por las revoluciones de la madre patria, vinieran á desembarcar á las costas de Italia; pero lo que se cuenta del establecimiento de Diómedes en la Daunia ó en el país de los venetos, que en tiempo de Estrabón le sacrificaban anualmente un caballo blanco; de los compañeros de Néstor en Pisa, de Idomeneo en Salento, bien que Gnoso en Creta mostrara su sepulcro; de Filoctetes en Petelia ó en Turios, de Epeos en Metaponto, de Ulises en Escilacio, de Evandro, de Tibur, de Telegono, hijo de Ulises, en el Lacio, en Túsculo, Tibur, Preneste, Ardea, etc.; estas leyendas, decimos, no pueden admitirse sino como tradiciones poéticas, inventadas por los rápsodas á fin de dar á sus ciudades un origen ilustre.

Nada faltó para acreditar tan gloriosas genealogías: ni los cantos de los poetas, ni la credulidad ciega ó interesada de los historiadores, ni aun las veneradas reliquias de los héroes. A orillas del Numicio, los contemporáneos de Augusto iban á ver el sepulcro de Eneas, que había venido á ser el Júpiter Indígeta, y todos los años, los cónsules y los pontífices romanos ofrecían sacrificios en este sepulcro. Circe enseñaba la copa de Ulises y el sepulcro de Elpenor, uno de sus compañeros; Lavinio, el vaso incorruptible de Eneas y sus dioses penates; Turios, el arco y las flechas de Hércules, dadas por Filoctetes; Macella, el sepulcro de este héroe; Metaponto, los instrumentos de hierro de que se sirviera Epeos para construir el famoso caballo de Troya; Luceria, la armadura de Diómedes; Malevento, la cabeza del jabalí de Calidonia; Cumas las presas del jabalí de Erimanto. Así, los habitantes de una ciudad de Armenia enseñaban á quien los quería ver los despojos del arca de Noé.

Nadie toma ya en serio estos fabulosos orígenes, á no ser las gentes de Roma, que dicen orgullosamente: *Semo romani*, y de buen grado dirían como los paduanos: *Sanguis troiano*. Fuera de esto, aunque se tuvieran por auténticos los primeros establecimientos de la raza griega en Italia, no se les podía conceder ninguna importancia histórica, porque habiendo permanecido sin relaciones con la madre patria, perdieron el carácter de ciudades helénicas, y así es que cuando los griegos llegaron en el siglo VIII, no encontraron ya huellas de tan inciertas colonias.

A esta clase de narraciones legendarias pertenecen las tradiciones sobre el troiano Antenor, fundador de Padua, y sobre Eneas trayendo al Lacio el Paladion de Troya. Los nobles romanos pretendían descender de la guerra de Troya, como de las cruzadas los nuestros.

Según Herodoto, los primeros griegos establecidos en la Yapigia hubieron de ser cretenses arrojados allí por alguna tempestad. Seducidos por la fertilidad del suelo, habrían quemado sus barcos y edificado á Iria tierra adentro. Pero la más antigua colonia griega cuyo establecimiento está fuera de duda es la de los calcidios fundadores de Cumas. Conducidos por Hipocles y Megastenes, avanzaban, según la tradición, á través de mares desconocidos, guiados de día por una paloma y de noche por el son de misterioso bronce (5). Edificaron á Cumas en un promontorio que domina el mar y las llanuras circunvecinas, en frente de la isla de Isquia. Su prosperidad fué tan rápida, á causa de su posición en medio de la costa tirrenia, con los mejores puertos

(5) Strab, V, 4. A los calcidios se unieron colonos de Cime, en las costas del Asia Menor, donde Homero había cantado. El padre de Hesiodo era natural de Cime, y Hesiodo menciona á Latino como hijo de Ulises y de Circe. Eusebio en su *Cronica*, supone este hecho en 1050. Es en verdad una fecha bien remota.